



Ramón Vergés Pauli

trovador de la Cinta y cantor de las tradiciones tortosinas

(1874-1938)

Como estas dos fechas se encierra una vida humilde consagrada, con cariffo y constancia, al servicio y culto de Tortosa. La vida entera de un hombre erudito, tierno, fervoroso y patriota, cuya evocación es oportuna en estos días tan nuestros, y por esto también tan suyos, en los que parece adquiera relieve su personalidad.

Con tesón admirable, con ejemplar perseverancia, con enterecido amor, aquel hombre iba recogiendo datos, interrogando a las gentes, buscando en archivos, desempolvando papeles, y de su labor —callada y paciente— nacieron unas páginas admirables que tituló, con gran acierto, «ESPURNES DE LA LLAR». Chispas

encendidas de amor, que brotaban de la «llar» tortosina, y que por un buen hijo de esta tierra iban siendo recogidas, traducidas a nuestra lengua vernácula y ofrecidas a la Virgen de la Cinta, «la maretá del sen creu».

Sencillo y humilde, como el Santo de Asís, del que era gran devoto, no apetecía gloria alguna para sí. Cantaba las de su tierra y las de su Virgen, honrada en estos días con especiales fervores, y en sus escritos volcaba su corazón ansioso de despertar en los demás ese amor patrio que todos llevamos en nuestra alma, pero que en muchos parece dormir.

Una admirable ponderación entre la inteligencia y el sentimiento, preside los escritos de Ramón

Vergés Pauli. Con lenguaje fluido y tierno, espontáneo y característico de esta nuestra her tortosina, describió las costumbres de la tierra que le vió nacer (1), cantó sus tradiciones, escribió monografías, divulgó la devoción a la Virgen de la Cinta —la nostra Cintrétá, como él la llamaba con cariffo— y, para regalo de nuestro espíritu, nos dejó los seis tomos de sus ya famosas «ESPURNES DE LA LLAR», cuyas impecabiles páginas, gratas y luminosas, destacan en su varia y notable producción.

Acercando la publicación de otras obras que tenía en proyecto, le sorprendió el Atanamiento Nacional, y aunque su persona fue por todos respetada, los peligros de la guerra le alejaron de la ciudad querida, en busca de cobijo más seguro. Lo halló no lejos de ella, sin salir de la tierra tortosina por él tan apasionadamente amada, y si bien logró ponerse a salvo del peligro de las bombas, no pudo librarse de las privaciones y penalidades que la guerra trajo consigo. Y ellas aceleraron su muerte.

Unos años antes había finalizado una de sus poetas, dedicada a la menor de sus hijas con motivo de su primera comunión, con estas estrofas que, a la vez que su amor de padre, ponen de relieve la bondad de su corazón y lo arraigado de sus creencias:

*«Jesús, dolcíssim Rabbí,
jo'n vull de creu, vull patir;
mes, per esta Comunió,
la creu, a ma filla, no;
doname'n dos per a mi!»*

Y Dios, que a nadie deja sin cruz, pesada o ligera, oyó su ruego y le envió las dos cruces que había pedido para él. No pudo, sin embargo, soportar su peso, realmente excesivo en aquellas circunstancias y aquellas estrecheces, y víctima resignada de una guerra fratricida y cruel, cuyos peligros quiso evitar, dió placidamente su espíritu al Señor, en Illa de Mar, el 7 de agosto de 1938.

Tortosa, reducida a un montón de ruinas por aquel entonces, estaba desierta. Evacuada totalmente la ciudad, se hallaban sus hombres dispersos por esos muros de Dios. En el de aquí, los que sufrían; en el otro, en el de la eterna vida, los que, tras un martirio cruento, habían dejado de sufrir. Estos le recibirían, sin duda, como en la Gloria debe recibirse a los hombres justos que

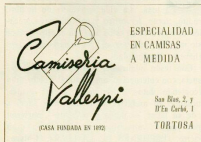
jamás desmintieron con sus hechos el profundo arraigo de sus santas convicciones. Los otros, los que en esta tierra hubimos —de una u otra forma— de dejar la nuestra, no nos enteramos, en nuestro solitario y apartado retiro, de que le habíamos perdido para siempre.

Y solo, sin amigos ni admiradores, sin una representación de la Ciudad cuyas glorias cantara de cien maneras, fue llevado su cadáver al cementerio de La Creu en espera de poder ser trasladado al de esta Ciudad, en el que hoy reposan sus restos.

Al reorganizarse de nuevo la vida en la patria del que fue su fervoroso cantor, no volviéramos ya a publicarse aquellos aforados periódicos —diarios y semanarios— en cuyas columnas vieron la luz tantos de sus escritos, y quizás por ello no se ha honrado su memoria como reclaman sus méritos.

Desde que en 1890 publicó en «El Correo de Tortosa» el primero de sus artículos, no cesó jamás de escribir para Tortosa y para los tortosinos. Fundó el semanario «La Esperanza» y, años después, en 1908, «La Libertad», de carácter regionalista, que se publicó bajo su dirección durante más de un lustro. Fue redactor de «El Correo Ibérico», dirigió «El Restaurador» y ocupó el cargo de redactor-jefe de «Correo de Tortosa», en su segunda época. Colaboró en «La Verdad», «Diario de Tortosa», «La Zenda», «Germanos» y «Heraldo de Tortosa», y sucedió al prestigioso Dr. D. Gerardo Vergés Zaragoza en la dirección de la publicación y linda revista «La Santa Cinta».

Pero por encima de esa fecunda labor periodística está su obra folclórica y su apasionado amor a la Virgen de la Cinta, de cuya Archicofradía era Archivero. Como historiador, nos ha dejado monografías tan interesantes como «Les Cases dels Estudis i l'Hospital de la Santa Creu», «La Devoció dels Concellers a la Verge de la Cinta», «L'Ermida de Mig-Cami», «Lo milicere de la



(1) Véase la foto primera en la casa n.º 7 de la antigua Plaza de la Fuente, hoy de Agustín Querol, el 25 de junio de 1974.

Bomba» y otros varios trabajos, escritos casi todos en nuestra lengua privativa, sin apartarse jamás de la variación dialectal tortosina, que procura destacar.

Escritor ameno y castizo, supo relatar el ayer lejano con interés de actualidad, y como poeta supo impregnar sus producciones de ese gusto sabor de la tierra que trae hasta nosotros el lejano aroma de unos tiempos idos, que nos hizo revivir con naturalidad y maestría.

Estos primeros días septembrinos eran para él días de delicia. Por eso parecen, por su atmósfera impregnada de sano y santo tortosinismo, los más indicados para rendirle, con estas líneas —húmiles también como él—, el homenaje de gratitud y admiración que le debemos todos, y muy particularmente aquellos que, a más de deleitarnos con su obra literaria, fuimos honrados con su amistad.

Era en 1898 cuando, prolongado por D. Federico Pastor y Lluís, el eximio autor de «NARRACIONES TORTOSINAS», un joven de 24 años, que se mostraba ya como una esperanza de las letras patrias, publicaba un pequeño volumen de inspiradas poetas castellanas, recogidas bajo el título de «Violetas». Desde entonces, los que fueron sus amigos y habían sido sus compañeros de estudios le llamaron también a él «Violeta», y al motejarle amistosamente con este nombre que tan bien le cuadraba, hemos de reconocer que estuvieron más acertados de lo que en su fino humor se figuraban, ya que D. Ramón Vergés Pauli, el joven autor de aquellas «Violetas», sembrado, por su modestia, una violeta más, y hasta me atrevería a decir que lo parecía también por el perfume, que perfume de flores del bosque, aromas exquisitos de la tierra tortosina, emanan de todas sus obras, empujadas por aquellas agradables fragancias que trae a nuestra memoria, con el recuerdo de lugares queridos y de horas memorables, aquel sutil aroma de las cosas viejas, conservadas entre maderas de olor y botellines de espolio.

Conoció su obra literaria, quiero destacar ahora su humildad, tan grande como aquella y tan sincera como la estimación que sentía por su Tortosa y sus tradiciones.

Teniendo méritos más que sobrados para serlo, no fue académico, ni miembro distinguido de ninguna corporación, ni tuvo otros títulos, ni más diplomas, que yo sepa, que los muchos que ganó

en Juegos Florales y Certámenes Literarios, y aun éstos los tenía escondidos, ocultos a los ojos de las gentes, porque creía, en su modestia, que era vanidad exhibirlos encajados en un marco.

Parecía que, a más de serlo de las Masas, fuera también discípulo del seráfico San Francisco, el humilde Trovador de la Umbria, que cantaba, vestido de burdo paño, a la Hermana Luna, a los hermanos Pájaros y a la Hermana Muerte; de aquel santo Pobrecito de Asís que, abrazado a la Pobreza, fundó los Frailes Menores y cifó su cintura con un cordón de nudos, cuyos extremos me pareció siempre ver asomar por debajo del abrigo del autor de las famosas «ESPURNES DE LA LLAR», que de la her tortosina fue recogiendo, con paciencia benedictina, un espíritu franciscano.

Quizás si buscáramos el nombre de Ramón Vergés Pauli en los libros de la Venerable Orden Tercera del Padre San Francisco —que no todos se han perdido, por fortuna—, lo hallaríamos vinculado a alguno de sus cargos de gobierno. Entonces a nadie extrañaría ya que no apeteciera honores, ni tuviera títulos, el humilde terciario franciscano, autor benemérito de «ESPURNES DE LA LLAR».

En la primera página del VI tomo, en el ejemplar que afectuosamente me dedicó, escribió unas palabras henchidas de cariffo, en las que, a pesar de su sencillez, presumía de profeta. «Yo, que no sé res, he siget profeta», me decía recordando lo que años antes escribiera en la dedicatoria del tomo primero de esta su obra. Si ello fuera cierto, como él creía, sería cuestión de añadir, a la ya larga lista de franciscanos ilustres, el nombre de un profeta nuevo. Mas mucho me temo que, de no haber acertado mejor en otras profecías, no pueda ser así. Pero profeta o no, su nombre humilde, aureolado de prestigio, está destinado a no morir. Con sus obras vivirá mientras haya tortosinos amantes de las gestas de su tierra, y la fragancia de aquellas «violetas» primeras, acompañándole para siempre, se confundirá con la de aquellas otras que sobre su tumba coloquemos, en homenaje de obligada gratitud, los que en las páginas de este autor tortosino aprendimos a amar más a nuestra patria desde que por él la conocimos mejor.

Manuel Bagueu Puigol

Septiembre de 1947.